

EL CAMINO DE SANTIAGO Y LOS BORGIAS

Por
Luis Morenés y Areces,
Marqués de Bassécourt

En estas mismas páginas, no hace mucho tiempo, publicamos un modesto trabajo al que titulamos «Guerreros en el Camino de Santiago». En él tratamos de demostrar, puede que no lo consiguiéramos, que la Vía Jacobea no sólo había servido para peregrinar y comerciar, sino que también, dada su importancia adquirida por el factor de la peregrinación, para guerrear.

Hoy, nuestra pretensión, es muy diferente. Tratamos de exponer la íntima relación que esa familia que fue sucesivamente Aragonesa, Valenciana, Romana, Granadina, Navarra y Ferrarina, es decir, eminentemente Europea y que dio Santos, Sumos Pontífices, Cardenales, Arzobispos y Obispos a la Iglesia, al propio tiempo que Príncipes a la Milicia, como Virreyes, Generalísimos, Generales y hasta simples bidalgos-caballeros, estuvo íntimamente ligada, como todas las grandes familias en el decurso de un grande espacio de tiempo al Glorioso Apóstol Santiago y a su Real Camino.

Los Borja o Borgia.

En el centro de un triángulo cuyas tres rectas se cortan mutuamente en Jaca, Santa Cruz de la Serós y San Juan de la Peña, se encuentra situado el pueblecito de Atarés, hoy de poco más de un centenar de habitantes, feudo en su día de Don Pedro, llamado de Atarés, bisnieto, por línea bastarda, del Rey de Aragón, Ramiro I.

Dicho Don Pedro, se distinguió al frente de sus huestes el año de 1120, en las luchas sostenidas por el Rey Alfonso I *el Batallador*, para la reconquista de la ciudad, llamada Borgia por los musulmanes y Borja por los cristianos, por lo que, el monarca aragonés, se la concedió como cabeza de un señorío.

Borja se encuentra en las estribaciones de la sierra del Moncayo en la que un día tormentoso se extravió el buen Don Pedro, que en acción de gracias por su salvación, levantó a sus expensas el monasterio benedictino de Veruela.

Las gentes de Borja, al frente de las cuales figuraban los Atarés, distinguieronse en la toma de la ciudad de Játiva por el Rey Don Jaime *el Conquistador*, el día 7 de febrero de 1240, estableciéndose diversos miembros de la familia Atarés —ya conocidos en el nuevo Reino de Valencia como los Borja—, en la citada población o en la próxima *Torreta de Canals*, según las posesiones que recibieron del buen Rey *En Jaime*.

En la *Torreta de Canals* y en Játiva nacieron, respectivamente, Alonso y Rodrigo Borja —conocidos en Italia como los Borgia— que tomaron los nombres de Calixto III y Alejandro VI, al alcanzar el solio pontificio.

Lamentablemente, la obra que el historiador cubano, de origen italiano, Orestes Ferrara, dedicó al segundo de los dos Papas Borgia, no mereció una réplica como la dedicada a otra de sus obras, *Un pleito sucesorio. Enrique IV, Isabel de Castilla y la Beltraneja*, por Félix Llanos y Torriglia. Ello nos ha privado de una contra réplica del investigador Ferrara en la que, quizá, hubiese quedado aclarada la verdadera paternidad de los comunmente tenidos como hijos de Alejandro VI.

Orestes Ferrara, que representó brillantemente a su patria de adopción ante el Gobierno de Washington, la Sociedad de Naciones, la Unión Panamericana y la U.N.E.S.C.O., no puede ser incluido sin algún que otro reparo, entre los denominados hispanistas. Es por ello, muy de destacar su loable intento de reivindicar la memoria de Alejandro VI en su obra *Le Pape Borgia* y la de uno de los hijos de éste más calumniados, César, en su interesante estudio sobre la figura de *Maquiavelo*.

En esta breve nota sólo nos interesa destacar la relación que los miembros más sobresalientes de la familia Borja o Borgia tuvieron con la ruta jacobea, de uno de cuyos pueblos-camino se consideraban originarios.

El Cardenal Rodrigo de Borja, nombrado por Sixto IV, Legado Pontificio en España y Portugal, parte de Roma el 15 de mayo de 1472, camino del puerto de Ostia, en donde le aguardaban dos galeras venecianas, con las que iba a desafiar los dos grandes peligros del Mediterráneo: Los Turcos y el poco gobierno de las naves de aquel tiempo. El 18 del siguiente mes de junio, Valencia le recibía como a un soberano, siendo más que significativo el hecho de que en su primer sermón mencionase al Glorioso Apóstol Santiago, ya que como español de su tiempo, sabía, pese a que ilustres personalidades pontificias como el Cardenal Ammanati, opinasen lo contrario, que la unidad de España estaba próxima y que lo que deseaban sus compatriotas es que esta se adelantase con el reconocimiento de la validez del matrimonio del Rey de Sicilia y heredero de la Corona de Aragón con la presunta sucesora de Enrique IV de Castilla y de León.

He aquí pues, como no duda en mediar para obtener la reconciliación de Fernando e Isabel con Enrique IV, primero, y con Sixto IV, después, y comprendiendo que el Arzobispo Alonso Carrillo, el primado de las Españas, era un hombre del pasado, recabar del Papa el Capelo Cardenalicio para el Arzobispo Pedro González de Mendoza, adivinando que con el tiempo —tras de Fernando e Isabel— sería conocido como «el tercer rey de España».

Ya de Pontífice, con el nombre de Alejandro VI, expedirá la famosa Bula, posteriormente retocada por el tratado de Tordesillas, dividiendo el mundo entre los dos pueblos —Portugal y España— que por su adelanto técnico en el arte de navegar y por un genial descubrimiento, el de la carabela, eran los únicos capacitados para expandir el cristianismo a todo el orbe, el conocido y el por conocer. Y concede a Fernando e Isabel el título de Reyes Católicos. Y viendo que Italia, como posteriormente afirmaría su primer historiador, Francisco Guicciardini, no «podía convertirse en una sola nación» entre franceses y españoles eligió como más convenientes a los segundos, y no se equivocó en la elección puesto que como ha escrito en nuestros días Indro Montanelli, «Ellos gobernaban directamente el Milanesado, las dos Sicilias, Cerdeña y los presidios de Maremma. Pero sobre el resto ejercían una supervisión, que dejaba poco espacio a las iniciativas locales», añadiendo, «No podemos menospreciar los beneficios que se derivaron de esta situación. Por primera vez, después de tantos siglos, Italia conocía finalmente un poco de paz».

La aceptación de esta realidad no le impidió que designase a su hijo César, Generalísimo de los Ejércitos Pontificios y que las conquistas de éste agrandasen tanto las dimensiones de los Estados de la Iglesia, que por muchos, César Borgia es considerado el precursor de la unidad de Italia.

Pero como ha escrito Francisco Javier Ortiz Felipe, «hay en los nombres una magia oculta, que los antiguos conocían muy bien. Navarra y César aparecen juntos tres veces: en 1491, 1499 y 1507». La fecha de su nombramiento como Obispo de Pamplona por Inocencio VIII, la de su matrimonio con Carlota d'Albret, hermana del Rey consorte de Navarra y la de su trágico final ante las huestes del Conde de Lerín, en los Campos de Viana. Cita —añadimos nosotros— que ya le venía de antiguo, puesto que su estirpe procedía de otro tramo del Camino de Santiago.

Su sobrino nieto, Francisco, cuarto Duque de Gandía, primer Marqués de Lombay, Virrey de Cataluña y tercer Preósito General de la Compañía de Jesús, y uno de los siete primeros miembros de dicha Orden que alcanzaron la Santidad, con su grandeza y sacrificio purgaría, si es que las hubo, las faltas de sus antecesores, que no fueron ni más ni menos que las de los hombres del Renacimiento, que también, a no dudarlo, tuvieron sus virtudes. Tan es así, que en opinión de Enrique García-Ramal Cellalbo, «si queremos buscar un precedente del hombre de las Relaciones Públicas, hemos de remontarnos hasta el hombre del Renacimiento» (1).

(1) Discurso de Clausura de la II Asamblea Nacional de Relaciones Públicas. Madrid, 24 de mayo de 1973.

Sus huellas en el Camino de Santiago.

Las vicisitudes por las que pasaron las reliquias del «Santo Duque» desde su llegada a España, en una urna de plata que hubo de ser bronceada cuando «la francesada» de 1808-14, trasladada en dos ocasiones de Iglesia en Madrid, encontrados sus restos calcinados tras el intencionado incendio de la Casa Profesa de la Compañía, en la calle de la Flor, el 11 de mayo de 1931 y que se veneran desde su construcción en el Templo del Sagrado Corazón y Parroquia de San Francisco de Borja, en el número 104 de la madrileña calle de Serrano, en un sarcófago de plata en «Altar que mandó construir la Excma Sra. Duquesa de Lerma» y a cuya izquierda se encuentran situadas las reliquias del segundo Preósito General P. Laínez, están magistralmente relacionadas en una de las dos biografías que le ha dedicado Juan Pastor Gómez, tituladas, respectivamente, *Borja, Espiritu Universal* (Bilbao, 1970) y *San Francisco de Borja* (Madrid, 1973). Pero a nosotros nos interesan los avatares del cadáver de su tío abuelo, César, en Viana, que no lo olvidemos se encuentra situada y es ya etapa en «donde todos los Caminos a Santiago forman uno sólo».

Juan d'Albret, Rey consorte de Navarra, ordenó levantarle un monumento sepulcral en el Altar Mayor de la Iglesia de Santa María de la entonces Villa, hoy Ciudad por concesión del Rey Felipe IV, de Viana. En él podía leerse un epitafio que comenzaba así:

Aquí yace en poca tierra
el que toda la tenía,
el que la paz y la guerra
en la su mano tenía (2).

Dicho monumento y epitafio perduraron poco, puesto que en el mismo siglo XVI, un Obispo de Calahorra, en acto que un compañero nuestro no duda en calificar «de contrahecha venganza que hoy nos parece antológico de la soberbia y estupidez humanas, mandó sacar el cuerpo a la calle para que en pago de sus culpas lo pisoteasen los hombres y las bestias». Y añade: «Parece que quedaban unos huesos en 1886: el resto era ya polvo entre los miles de partículas del suelo de la villa» (3).

En las páginas del número 7 de la *Revista Geográfica Española* (San Sebastián, 1940), Victoriano Juanisti «excelente historiador y re-

(2) FRANCISCO ALMELA Y VIVES: *Lucrecia Borja y su familia*. Barcelona, 1962.

(3) FRANCISCO JAVIER ORTIZ FELIPE: *César Borgia y Navarra*. Navarra. Temas de Cultura Popular, número 26. Pamplona, 1968.

putadísimo cirujano, amén de conferenciante ameno y autor de los más diversos libros» lanzó la voz de alarma, y una comisión de expertos, entre los que se encontraban el propio Juaristi y Pedro Mourlane Michelena, que efectuó el viaje en tren acompañado de Rafael García Serrano, según éste último lo ha relatado, aunque no participase en los trabajos, localizó (4) los restos en el Atrio de la citada Iglesia de Santa María y los cubrieron con una sencilla lápida en que reza:

CESAR BORGIA
GENERALÍSIMO DE LOS EJÉRCITOS
DE NAVARRA Y PONTIFICIOS
MUERTO EN CAMPOS DE VIANA
EL XI DE MARZO MDVII

Pasaron los años, y en 1965 se inauguró en la misma ciudad un sencillo pero elegante monumento, obra del escultor Roncalés y Académico de Número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, don Fructuoso Orduna Lafuente, fallecido en 1973.

Pero demostrada ya indiscutiblemente por José Filgueira Valverde la precedencia cronológica del Año Santo Compostelano sobre el Romano, no podemos concluir estas líneas sobre la huellas de los Borgia o Borja en el Camino de Santiago y en su meta de ayer, de hoy y de mañana, la S.I.A.M.C. de Santiago de Compostela, sin recordar que Su Santidad Pablo VI ha derribado la tapia simbólicamente alzada en la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro por Su Santidad Pío XII, el 26 de diciembre de 1950, casi veinticinco años después —en la tarde del 24 de diciembre del pasado año de 1974— con el ritual, salvo en algunas modificaciones de detalle, que fue empleado por primera vez por quien primero fue el Cardenal Rodrigo de Borja y después nada menos que el Sumo Pontífice Alejandro VI, el 24 de diciembre de 1499, doscientos años después del anuncio del primer Año Jubilar Romano por Bonifacio VIII.

No cabe duda que quien en 1472 ya reconociera el patronazgo sobre toda España del Glorioso Apóstol Santiago, consideró también digno de adoptar el ritual Jubilar Compostelano, que había servido para que a lo largo del Camino que conducía a la obtención del Jubileo se forjase la idea de la Cristiandad, que, en acertada frase del Marqués de Lozoya, «no es otra cosa que lo que hoy llamamos Europa».

(4) RAFAEL GARCÍA SERRANO: *Lo publicarán las historias*. «El Alcázar. Madrid, 16 de noviembre de 1971. Página 31.

Evolución de las peregrinaciones jacobeanas durante el apogeo de los Borgias.

Durante la Edad Media el peregrino al Sepulcro del Glorioso Apóstol Santiago emprendía el viaje con una idea definida: la de llegar a Compostela y, una vez cumplida la peregrinación, regresar a su punto de partida. Esta idea ayudó a fijar el Camino descrito en el «Codex Calixtinus». Ahora bien, ya de antiguo se utilizaban otros muchos que aún hoy no sabemos ni dónde comenzaban. Que venían masas de eslovacos —aunque sus nombres hayan quedado en el anónimo— es un hecho cierto, puesto que, como recuerda Sir Walter Starkie, «dieron el nombre en italiano, español e inglés al largo y velludo vestido del peregrino, la schiavina, esclavina o slaveyn», y el mismo autor nos relata que «tenían por costumbre peregrinar tres años seguidos, porque en su país podía vivir libre de tasas el hombre que había hecho tres viajes». Pero, según José García Mercadal en el espacio de tiempo que nos interesa, el comprendido entre la ascensión al Trono pontificio de Calixto III (1455) y el fallecimiento de San Francisco de Borja (1572), nuestros visitantes ya no sólo van o vienen de Santiago de Compostela, sino que aprovechan su peregrinación jacobea para, de paso, recorrer el país. Tal es el caso del que dicho autor no duda en calificar como nuestro primer turista, el Barón León de Rosmihal de Blatna, cuñado de Jorge Podiebrad, rey de Bohemia, que «salió de Praga el 26 de noviembre de 1465, con un acompañamiento de cuarenta personas y cincuenta y dos caballos, lo cual es sobrado elocuente para advertirnos de la elevada alcurnia de su condición social..., regresando a la misma ciudad quince meses después, o sea en el mes de febrero de 1467, en donde tanto él como sus acompañantes fueron recibidos con gran pompa, como correspondía a quienes habían visitado varios países, pero principalmente España, en el que permanecieron la mayor parte del año de 1466».

Ladislao V, rey de Hungría, les negó el oportuno permiso para, cruzando su reino, dirigirse a Tierra Santa, y este hecho nos trae a la memoria la afirmación de nuestro primer historiador del turismo, Luis Lavaur, de que la llegada a Jerusalén, y lo que es aún más meritorio el regreso sano y salvo de San Ignacio de Loyola, a un puerto de la Apulia, lo que el P. Ribadeneyra no duda en calificar de hecho milagroso, abre un paréntesis de nada menos que de tres siglos de duración (de 1530 a 1830) en el que los Santos Lugares quedaron vedados a los peregrinos cristianos.

De los tres grandes santuarios de la Cristiandad, Santiago de Compostela, Roma y Jerusalén, sólo los dos primeros son de posible acceso, y así un mayor número de peregrinos procedentes del norte, centro y este de Europa se dirigen a Compostela. José María Lacarra,

Luis Vázquez de Parga, Juan Uría Riu y Felipe Torroba Bernaldo de Quirós, consideran que una de las rutas de peregrinación más utilizadas por éstos debió de ser la descrita en un «librillo en forma de gúfa rimada» titulado «El Camino de Santiago», escrito en alemán y para uso de peregrinos que conociesen dicha lengua por un monje servita, del que lo único que sabemos es que se llamaba Hermann König von Vach y que, por la manera de expresarse, «cree Haebler que era oriundo de las cercanías de la frontera con Suiza, de Baden o de Alsacia».

Inició lo que él denomina la *Ober-Strasse* o ruta alta —por cruzar sucesivamente los Alpes y los Pirineos por sus cotas más elevadas— en el santuario de Einsiedeln, para desde este lugar por Lucerna, Berna, Friburgo, Lausana, Ginebra, Chambéry, Valence, Montélimar, Nîmes, Montpellier, Carcasona, Tolosa, Auch, Orthez, San-Juan-de-Pié-de-Puerto, Roncesvalles, Pamplona, Viana y Logroño tomar desde Burgos una única vía —la Francígena— de ida y de regreso a Santiago de Compostela, por lo que la «cabeza de castilla» fue su punto de partida para el regreso que efectuó por la que denominó la *Nieder-Strasse* o ruta baja, puesto que, salvo el puerto y túnel de San Adrián, entre Vitoria y Bayona, tanto la Landas como la campiña bordelesa, la amurallada Blaye, la Santoña, las ciudades de Poitiers y de Tours, así como las villas de Orleans y de París, el condado de Artois, Bruselas y Aquisgrán no ofrecían obstáculos que impidiesen a los peregrinos hacer su recorrido por una tierra baja o llana.